

PEÑA DIAZ, Sergio

(Dossier 22 Pág. – 9 artículos)



NOMBRE COMPLETO:

Sergio Peña Díaz

EDAD al momento de la detención o muerte:

36 años al momento de su muerte

PROFESION U OCUPACION:

Médico Veterinario

FECHA de la detención o muerte:

7 de septiembre de 1983

LUGAR de la detención o muerte:

Fuenteovejuna 1306, Las Condes, Santiago

ORGANISMO RESPONSABLE de la detención o muerte:

Central Nacional de Informaciones (CNI)

TIPO CASO de violación de derechos humanos:

Ejecutado

HISTORIA PERSONAL Y POLITICA:

Casado 2 hijas, Militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-Chile)

El 7 de septiembre de 1983 se informó oficialmente que ese día, a consecuencia de los operativos realizados tras la muerte del General de Ejército e Intendente de Santiago General Carol Urzúa, se habían producido dos enfrentamientos con miembros del MIR implicados en tales hechos. Primeramente se dijo que el enfrentamiento se había originado al descubrirse accidentalmente a tres individuos sospechosos en calle Visviri con Fleming en el sector Oriente de Santiago, por parte de agentes de la CNI que realizaban un patrullaje de rutina. Ellos habrían contestado con disparos a la voz de alto y corrido hasta refugiarse en una casa en calle Fuenteovejuna, desde donde siguieron disparando a los agentes, quienes recibieron refuerzos de Carabineros e Investigaciones. Al rato se habría producido una explosión en el interior de la vivienda cuando los individuos se encontraban quemando documentación, muriendo uno de ellos. Los dos restantes, en una acción suicida, habrían salido disparando y habrían sido abatidos.

Al día siguiente apareció en la prensa otra versión oficial, que, a diferencia de la primera, indica que el enfrentamiento se produjo cuando los efectivos concurrieron al inmueble en donde se refugiaban las víctimas, cuya dirección obtuvieron mediante confesiones de otros intervinientes en el asesinato del General Carol Urzúa. En esta oportunidad se señala que habían sido evacuadas las viviendas del sector aledaño.

En realidad los hechos ocurrieron de diferente manera. Los agentes de seguridad estaban al tanto que en el inmueble se encontraban miembros del MIR en la clandestinidad. Luego del asesinato del General se planificó la acción en contra de ellos, por lo que se reunió a un gran número de agentes de seguridad, que incluía miembros de la CNI y de otros servicios, los cuales, luego de otras acciones ejecutadas ese mismo día, entre las que se cuenta la detención de personas, se dirigieron al inmueble.

En ese lugar instalaron una ametralladora punto 50 que inmediatamente comenzó a disparar. Sólo después de haberlo hecho durante unos minutos se pidió a los moradores que se entregaran. En atención a ello salió **Sergio PEÑA DIAZ**, de profesión veterinario, militante del MIR, quien había ingresado clandestinamente al país, con las manos puestas en la nuca. Cuando se aproximaba a la reja del antejardín dos agentes le dispararon con metralletas a corta distancia, causándole la muerte.

Estos hechos, conocidos por la Comisión a través del relato de un testigo presencial de todos ellos, le permiten llegar a la convicción de que Sergio Peña murió ejecutado por parte de agentes de la CNI, considerando su muerte una violación a los derechos humanos de responsabilidad de agentes estatales.

A raíz de la muerte de Sergio Peña, **Lucía Orfilia VERGARA VALENZUELA**, militante del MIR, quien ingresó clandestinamente al país, quien se encontraba en el interior de la vivienda, disparó hacia afuera, reiniciando inmediatamente el ataque los agentes, quienes además lanzaron una bengala que produjo el incendio de la casa.

La última persona que quedaba en el interior de la vivienda, **Arturo Jorge VILAVELLA ARAUJO**, de profesión ingeniero, militante del MIR, quien también había ingresado clandestinamente al país, murió carbonizado.

Dada la verdadera finalidad del operativo, como quedó demostrado, la Comisión considera que estas últimas dos personas también deben ser consideradas como ejecutadas.

Informe Rettig

-----0-----

El Punto Final 16-09-2004

La “Noche de los CUCHILLOS LARGOS”

Hace 21 años, la noche del 7 de septiembre de 1983, un grupo operativo de la CNI propinó un demoledor golpe al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En pocas horas -en dos lugares de Santiago- fueron asesinados cinco miristas, entre ellos Arturo Villabela Araujo, miembro de la comisión política y encargado militar de ese partido, y Hugo Ratier Noguera, miembro del comité central y jefe de la estructura armada del MIR en la capital. Fue una operación de represalia que la dictadura ordenó ejecutar por la muerte del intendente de Santiago mayor general (r) Carol Urzúa Ibáñez, que junto con su escolta cayó en una emboscada montada por un comando del MIR el 30 de agosto en la comuna de Las Condes. La sangrienta respuesta de la CNI cobró cinco vidas en una noche. Esa brutal represalia dejó en evidencia que la CNI conocía los domicilios de dirigentes del MIR que vivían en la clandestinidad, y que eran vigilados cotidianamente por los servicios de seguridad.

El primer golpe se descargó en la calle Fuenteovejuna 1330, de Las Condes, donde fueron abatidos Arturo Villabela Araujo y los militantes Lucía Vergara Valenzuela y Sergio Peña Díaz. Los tres habían regresado clandestinos al país. Horas después, el mismo contingente dio muerte en la calle Janequeo 5707, de Quinta Normal, a Hugo Ratier Noguera y a Alejandro Salgado Troquián.

Aquella noche, Miguel Alejandro Bustos Céspedes, hijo adoptivo de Alejandro Salgado, de 16 años, se encontraba estudiando mientras escuchaba música en la casa de calle Janequeo. De pronto, una ráfaga de ametralladora se escuchó a unos cien metros de la vivienda. El joven sobreviviente entregó su testimonio, que es la base de una denuncia que debe investigar la ministra de la Corte de Apelaciones de Santiago, Gloria Ana Chevesich. La ráfaga “se escuchó bastante cerca -declaró Miguel Bustos- pero no le di mayor importancia, porque era normal escuchar disparos en Santiago en aquel tiempo de protestas. Traté de concentrarme nuevamente, cuando escuché gritos en la calle. Fue todo muy rápido, entre la primera ráfaga a distancia y el ataque a la casa”.

Su relato acompaña la acción judicial interpuesta por abogados del Codepu contra el general (r) Augusto Pinochet, los ex ministros Sergio Onofre Jarpa y Sergio Fernández, el ex auditor del ejército Fernando Torres Silva y el ex agente César Luis Palma Ramírez (alias “Fifo”), por la muerte de los cinco militantes del MIR. A la denuncia se anexará una querrela que interpondrán familiares de Hugo Ratier, argentino, quien tenía 39 años cuando fue asesinado.

En estas dos operaciones de aniquilamiento participó el entonces miembro del Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea (Sifa) e integrante del Comando Conjunto, Andrés Valenzuela Morales (alias “El Papudo”). En declaración ante la Vicaría de la Solidaridad el 28 de agosto de 1984, a la cual tuvo acceso Punto Final, Valenzuela precisa que en estos asesinatos se actuó con deliberada violencia y ensañamiento. “Recibimos orden de dirigirnos hacia el sector poniente de la ciudad, a calle Janequeo 5707, por los alrededores de la Plaza Garín. Cuando estuvimos cerca del objetivo, nos dijeron que nos agacháramos pues venía corriendo una de las personas que debía ser eliminada. Pasó por el costado de nuestra camioneta. Cuando llegó a un sector donde hay una pared, fue rafagueado e inmediatamente la base de fuego, que también estaba en ese lugar, empezó a disparar sobre una casa”. Este primer blanco en la calle fue Alejandro Salgado Troquián. Según Valenzuela Morales “apenas cayó asesinado, un agente colocó en su mano un arma simulando que la llevaba al momento de ser eliminado”. En el interior de la casa de calle Janequeo fue acribillado Hugo Ratier.

El ex suboficial de la Fach también describe en su testimonio lo ocurrido en calle Fuenteovejuna 1330, que antecede a los asesinatos en calle Janequeo: “Se nos ordenó ir hacia Avenida Colón, donde hay un supermercado que está en la esquina suroriente, cercano a una rotonda donde también desemboca la calle Tomás Moro. Allí estuvimos un rato, mientras se daban instrucciones para actuar en una casa de calle Fuenteovejuna, donde se había detectado que había tres personas. Llegó un jeep de la CNI con el techo corredizo y en el cual se instala una ametralladora punto 50 sobre un sistema hidráulico que permite subirla sobre el nivel del techo y operarla por dos hombres, uno que dispara y otro que va pasando la cinta de municiones. Nos dirigimos frente a la casa de Fuenteovejuna 1330, donde se instaló el jeep y se dio orden de actuar”. Esa orden significó la muerte de Arturo Villabela, Lucía Vergara y Sergio Peña y el incendio de la vivienda. Cumplida la misión, tomaron rumbo hacia Quinta Normal, a Janequeo 5707.

Miguel Alejandro Bustos Céspedes, quien logró escapar al cerco en calle Janequeo, entrega en su testimonio una serie de antecedentes que retratan a Hugo Ratier y Alejandro Salgado y la vida en la clandestinidad que compartían en familia. La madre de Miguel Bustos, Digna Céspedes, era tesorera de una junta de vecinos de La Florida y apoyaba la organización social incipiente contra la dictadura. Así conoció

al que sería su compañero, Alejandro Salgado Troquián. Miguel Bustos señala: “El era uno de los que acostumbraban llegar a nuestra casa: gente de iglesia, políticos, jóvenes y trabajadores. Por las acciones realizadas por mi madre en los comedores populares, nuestra casa comenzó a ser vigilada. Ella fue perseguida en varias ocasiones”. Por seguridad de su familia, Digna Céspedes decidió abandonar el barrio en 1979. Con sus cuatro hijos, formó una familia con Salgado. En su testimonio, Miguel señala que a Alejandro Salgado “lo conocimos como ‘Raúl’ (su nombre político) y después de un tiempo conocimos a ‘José’, Hugo Norberto Ratier”. En 1980 se trasladaron a la comuna de San Miguel, viviendo en distintas casas, lo que llevó a Miguel y sus hermanos a deambular por diversos colegios. “Los cambios de escuela nos obligaban a elaborar leyendas para sortear las preguntas de los nuevos compañeros de clase. Pero ya estábamos acostumbrados”. La presencia de Hugo Ratier ya era constante en la casa y Miguel recuerda que, en 1982, “tuvimos que acoger a dos compañeros heridos” que fueron atendidos por una doctora que más tarde fue detenida y torturada.

La clandestinidad obligó a Miguel Bustos Céspedes a interrumpir su vida escolar. A los 13 años comenzó a trabajar como comerciante ambulante en Patronato, y su hermano Carlos como cuidador de autos en el Estadio Nacional. Luego fueron vendedores en ferias libres. En una oportunidad, viviendo en La Cisterna, la familia decidió dispersarse como medida de seguridad, luego de la visita de dos funcionarios de Investigaciones -así se identificaron-. Se decidió que los adultos abandonarían la casa y los menores serían distribuidos en distintos lugares. Así, Miguel Alejandro llegó a una parroquia en El Salto, donde fue acogido por el sacerdote español Jesús Rodríguez. Tiempo después, su madre Digna lo buscó. El reencuentro esta vez fue en Conchalí. La familia siguió siempre en la permanente sombra de la clandestinidad.

Miguel señala que llegaron a la casa de Janequeo 5707 a principios de enero de 1983. Ubicada frente a un policlínico, la vivienda contaba con dos patios donde crecían árboles frutales. Una vez instalados, Miguel y su hermano Luis Enrique retomaron clases en un colegio cercano, mientras su hermana Sandra Virginia se quedaba en casa. La menor nació con labio leporino y no podía asistir a colegios ni hospitales porque la CNI podía seguir esa pista. En febrero de 1983 llegaron a vivir a Janequeo Hugo Ratier y su familia: su compañera, Ruth Carvajal Peña, y los hijos de ambos, Marcelo, Ursula y Dagoberto. Miguel sólo alcanzó a compartir con ellos un tiempo breve. Antes de finalizar el mes, Ruth y los tres hijos de Ratier abandonaron el país rumbo a Cuba. Era época de protestas y caceroleos. La casa comenzó a ser vigilada. “Un taxi se paraba en la esquina y en una ocasión vimos que el auto no tenía patente. Sospechamos que era un control sobre nosotros, aunque luego se fueron”. En mayo se decidió que la madre de Miguel viajara fuera del país. Quedaron en la casa de Janequeo Alejandro Salgado, Hugo Ratier y tres de los hijos de Digna, aunque la idea era que también salieran del país. La rutina diaria comenzaba temprano. Miguel hacía las compras, mientras que Hugo Ratier se encargaba de preparar la comida. Miguel recuerda que “comíamos juntos y por las tardes conversábamos y veíamos fútbol por televisión”. A fines de agosto de 1983 los hermanos de Miguel, Sandra Virginia y Luis Enrique, abandonaron la casa para reencontrarse con su madre en el exterior. Miguel recuerda: “El ambiente se hizo más triste para mí”.

La huida

En la mañana del 7 de septiembre de 1983 el joven Miguel Bustos se levantó para ir al colegio. “Regresé cerca de las 14 horas. Almorcé junto a mi tío Hugo y Alejandro, escuchando las noticias de la radio. Después quedamos conversando un rato. Me

preguntaron cómo me iba en el colegio, a lo que contesté que más o menos. El tío Hugo comenzó a recordar su época de estudiante en su ciudad natal, en Argentina. Luego lavó la loza y mi papá salió como a las 16.30 horas, quedándonos solos con el tío Hugo. Conversamos en el living y después me fui a mi pieza a estudiar. Sin embargo, Alejandro tardaba en volver y nuestra preocupación se expresaba con el silencio que reinaba en la casa”.

Se hizo de noche, entonces, de repente, comenzó la balacera. “La casa se estremecía con los impactos y comenzó a llenarse de humo. Yo traté de ubicar al tío Hugo, lo llamé y no escuché respuesta”. La intensidad de los balazos aumentaba y los agentes de la CNI destruyeron todo al ingresar a la vivienda. “Disparaban para asegurarse que no había nadie vivo”. El muchacho consiguió escapar saltando a una casa vecina, donde se ocultó gracias al solidario gesto del dueño. Un flash noticioso informó esa noche sobre el violento “enfrentamiento”. “Se mostraron imágenes de nuestra casa. Se veían carabineros y agentes armados. La casa la mostraban por dentro y se podían apreciar armas, que yo nunca había visto antes. La noticia fue que habían matado a dos ‘terroristas’ en un enfrentamiento”. Con la ayuda de abogados de la Vicaría de la Solidaridad, el joven Miguel Bustos Céspedes acudió posteriormente a declarar en la Segunda Fiscalía Militar de Santiago. La entrevista comenzó con preguntas de rutina, mientras los datos eran registrados por el actuario. Junto a éste se encontraba de pie “un hombre alto, algo gordo, que me preguntaba varias veces las mismas cosas. Se iba poniendo agresivo. Me decía que tenía que admitir diferentes cosas y mostraba fotos de mi familia. Sacó una pistola, comenzó a jugar con ella y a apuntarme”.

El joven sobreviviente de la tragedia en calle Janequeo permaneció más de un año en Chile viviendo en precarias condiciones, hasta que pudo viajar a Suecia donde hoy vive con su madre, Digna Céspedes. Pero las secuelas del horror que vivió en Chile lo persiguen hasta hoy

Un argentino que luchó por Chile

Hugo Norberto Ratier Noguera llegó a Chile en 1970. Hijo de una familia peronista de Misiones, Argentina, y sobrino del contralmirante Enrique Noguera Isler, edecán del ex presidente Juan Domingo Perón, Ratier era un hombre de Izquierda y en nuestro país se unió al MIR. Fue un destacado dirigente de su comité central y luchó por la libertad de Chile.

La historia reconstruida por el Informe Rettig (1990) señala que una patrulla de la CNI dio muerte a Alejandro Salgado cuando caminaba hacia la casa de calle Janequeo, donde lo esperaban Ratier y su hijo adoptivo, Miguel Bustos Céspedes, de 16 años. Con una ametralladora pesada, montada en un jeep, dispararon contra la casa. En la secuencia de hechos narrados por el único sobreviviente, se consigna que la vivienda fue quemada, con el objetivo de no dejar huellas del falso enfrentamiento.

A 21 años de estos hechos, quien fuera la pareja de Hugo Norberto Ratier, Ruth Carvajal Peña, reflexiona sobre su compañero y la posibilidad que hubiese abandonado el país con ella. “Creo que él nunca lo pensó. Me dijo: tú te vas a Cuba y en unos meses más yo me voy. Pero ambos sabíamos que eso no iba a ocurrir. El se quedaba aquí hasta las últimas consecuencias”, dijo Ruth a Punto Final.

Los secretos del coronel Bustos

En noviembre de 2003 causó revuelo una información en el diario electrónico El Mostrador respecto al agregado militar de Chile en la ONU, coronel Pedro Pablo Bustos Valderrama. No sólo había sido agente de la CNI, sino también habría tenido activa participación en los asesinatos de 1983 en calles Fuenteovejuna y Janequeo. De acuerdo con esos antecedentes, el coronel Bustos integró la Brigada Azul de la CNI que combatía al MIR, cuyo jefe era el comandante Aquiles González ("El Caracha"). El segundo era el mayor Alvaro Corbalán Castilla, procesado por el ministro Alejandro Solís como autor del homicidio de Lisandro Salvador Sandoval Torres, cometido el 17 de agosto de 1981 y condenado por el asesinato de Tucapel Jiménez.

Pedro Pablo Bustos operaba en la CNI bajo el nombre de Alejandro Benz y -como consigna El Mostrador- participó en el operativo de calle Janequeo según testimonio de cinco ex agentes que intervinieron en el hecho. Sin embargo, hasta ahora su participación no ha sido acreditada ante la justicia. En 1986, Bustos Valderrama era jefe de seguridad personal de Augusto Pinochet al momento del atentado del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, el 7 de septiembre de ese año. Cuando Pinochet regresó a Chile tras su detención en Londres, en marzo de 2000, el coronel Pedro Pablo Bustos le rindió homenaje como vocero del ejército. A este perfil se suma su vinculación con la financiera ilegal La Cutufa, que operaba al interior del ejército desde 1984. En esa investigación se determinó que unas 350 personas tuvieron directa relación con las operaciones de la financiera, que prestaba dinero de manera fraudulenta a militares y sus familias

-----0-----

ECOMEMORIA

Sergio Peña Díaz Fuenteovejuna



El 7 de septiembre de 1983 se informó oficialmente que ese día, a consecuencia de los operativos realizados tras la muerte del General de Ejército e Intendente de Santiago General Carol Urzúa, se habían producido dos enfrentamientos con miembros del MIR implicados en tales hechos. Primeramente se dijo que el enfrentamiento se había originado al descubrirse accidentalmente a tres individuos sospechosos en calle Visviri con Fleming en el sector Oriente de Santiago, por parte de agentes de la CNI que realizaban un patrullaje de rutina. Ellos habrían contestado con disparos a la voz de alto y corrido hasta refugiarse en una casa en calle Fuenteovejuna, desde donde siguieron disparando a los agentes, quienes recibieron refuerzos de Carabineros e Investigaciones. Al rato se habría producido una explosión en el interior de la vivienda cuando los

individuos se encontraban quemando documentación, muriendo uno de ellos. Los dos restantes, en una acción suicida, habrían salido disparando y habrían sido abatidos.

Al día siguiente apareció en la prensa otra versión oficial, que, a diferencia de la primera, indica que el enfrentamiento se produjo cuando los efectivos concurren al inmueble en donde se refugiaban las víctimas, cuya dirección obtuvieron mediante confesiones de otros intervinientes en el asesinato del General Carol Urzúa. En esta oportunidad se señala que habían sido evacuadas las viviendas del sector aledaño.

En realidad los hechos ocurrieron de diferente manera. Los agentes de seguridad estaban al tanto que en el inmueble se encontraban miembros del MIR en la clandestinidad. Luego del asesinato del General se planificó la acción en contra de ellos, por lo que se reunió a un gran número de agentes de seguridad, que incluía miembros de la CNI y de otros servicios, los cuales, luego de otras acciones ejecutadas ese mismo día, entre las que se cuenta la detención de personas, se dirigieron al inmueble.

En ese lugar instalaron una ametralladora punto 50 que inmediatamente comenzó a disparar. Sólo después de haberlo hecho durante unos minutos se pidió a los moradores que se entregaran. En atención a ello salió Sergio PEÑA DIAZ, de profesión veterinario, militante del MIR, quien había ingresado clandestinamente al país, con las manos puestas en la nuca. Cuando se aproximaba a la reja del antejardín dos agentes le dispararon con metralletas a corta distancia, causándole la muerte.

Estos hechos, conocidos por la Comisión a través del relato de un testigo presencial de todos ellos, le permiten llegar a la convicción de que Sergio Peña murió ejecutado por parte de agentes de la CNI, considerando su muerte una violación a los derechos humanos de responsabilidad de agentes estatales.

A raíz de la muerte de Sergio Peña, Lucía Orfilia VERGARA VALENZUELA, militante del MIR, quien ingresó clandestinamente al país, quien se encontraba en el interior de la vivienda, disparó hacia afuera, reiniciando inmediatamente el ataque los agentes, quienes además lanzaron una bengala que produjo el incendio de la casa.

La última persona que quedaba en el interior de la vivienda, Arturo Jorge VILAVELLA ARAUJO, de profesión ingeniero, militante del MIR, quien también había ingresado clandestinamente al país, murió carbonizado.

Dada la verdadera finalidad del operativo, como quedó demostrado, la Comisión considera que estas últimas dos personas también deben ser consideradas como ejecutadas.

-----0-----

Los caídos en falsos enfrentamientos. Fuente Ovejuna

Sergio Peña Díaz tenía 37 años cuando fue asesinado en un falso enfrentamiento junto a Arturo Villavela y Lucía Vergara. Era el segundo hijo de un oficial de carabineros y por un quehacer propio de la institución donde trabajaba su padre, debió recorrer desde niño diferentes regiones de Chile, conociendo sus gentes, su vida, así como la pobreza. Melipilla, Antofagasta, Ricaventura, Tocopilla, Punta Arcanas y Santiago conocen el despertar de sus sentimientos y le dan la visión de un mundo injusto. Estos recuerdos o imágenes lo llevaron a sentir la necesidad de luchar por cambiar la sociedad.

Su madre lo describe como un niño muy seguro de sí mismo, expresivo, comunicativo, extremadamente cariñoso con su familia y especialmente con sus amigos. Su generosidad es una característica que aparece desde su infancia. Pequeñas anécdotas con los niños pobres de Tocopilla o los primeros regalos a sus padres con el escaso dinero que un niño reúne lo muestran como sería a lo largo de toda su vida. Un amigo lo recuerda. . . "Sergio era capaz de dar todo lo que tenía. . . ."



De mediana estatura, delgado, de movimientos armónicos y ágiles, de sonrisa fácil, mirada cálida y alegre." . . sus ojos eran como transparentes y rara vez se le notó la tristeza. . . Tal vez en el exilio". . . Era una gran deportista y amaba la vida al aire libre.

Sus familiares y amigos relatan que su inteligencia y capacidad le habrían permitido ser un brillante alumno, pero que por sus múltiples intereses e inquietudes repartía sus días en toda clase de actividades, sin embargo, sin contratiempo ni pérdida de años, recibe su título de Médico Veterinario en 1972 cuando cumplía 26 años.

Es en su época de estudiante secundario cuando comprende que es necesario organizarse para poder producir el cambio de la sociedad que él había presentado desde niño. Es en la Universidad donde se incorpora definitivamente a la lucha político-social. En 1968, época en que la juventud de todo el mundo inicia procesos revolucionarios a fin de cambiar la estructura de la sociedad burguesa, Sergio ingresa al Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Son frases de esa época las que lo acompañarán y que él hará realidad en el curso de su vida. . ." No puede dormir tranquilo aquel, que una vez abrió los ojos", o bien, "Construir una revolución es también romper todas las cadenas internas".

Sus primeras tareas al interior de su partido son la organización del movimiento de pobladores y campesinos, con los cuales comparte sus inquietudes y esperanzas. Sus compañeros de esa época lo recuerdan como profundamente comprometido, y a pesar de sus múltiples tareas como dirigente, siempre dispuesto a escuchar y analizar en conjunto las dificultades de ese período. . ." Se daba tiempo para preguntar y oír todas las sugerencias. . . no era rígido. . ."

En 1973 es contratado como ayudante técnico de Socoagro, (Sociedad de Comercio Agrícola) en Valdivia, donde rápidamente asciende a Jefe Zonal. Desempeñando ese puesto, desde el cual lucha contra el acaparamiento y explotación que los ganaderos del sur hacían de la carne, lo sorprende el golpe militar del 11 de Septiembre de 1973. Es detenido dos días después y puesto a disposición de la justicia militar, como la mayoría de los jefes de servicio del gobierno de la Unidad Popular.

En las cárceles de Valdivia conoce el castigo y la tortura. Su padre lo encuentra días más tarde engrillado y esposado. Permaneció hasta enero de 1974, siendo liberado sin cargos.

Se había casado con una compañera de carrera profesional que más tarde sería Médico Veterinario igual que él. Es la relación con su familia la que mostraba otra dimensión de su persona en el terreno del afecto y de las relaciones humanas. En una carta escrita desde Valdivia a su hija mayor, cuando esta sólo tenía un año, dice: . . . "muchas veces me pasa que te imagino de distintas edades, siempre estamos conversando, tú aprendiendo de mí y yo de tí. Ojalá que con el tiempo todas estas imágenes se hagan realidad. Al menos haré todo lo posible para que así sea.

Creo sinceramente que lo mejor que un padre puede entregar a sus hijos es amistad. Estoy seguro que lo conseguiré. . . Espero que seas mucho mejor que yo, que tu madre y que todos, que te rebeles y que luches mientras existan injusticias, sea donde sea, siendo así, siempre estaré orgulloso de tí y tendrás en mí a tu mejor amigo"...

Una vez liberado se traslada a Santiago para juntarse con su mujer y sus pequeñas hijas. No quiere abandonar el país y para mantenerse económicamente trabaja como profesional independiente; sin embargo la persecución sobre él continúa. Nuevamente requerido por la Justicia militar se decide a pasar a la clandestinidad para reconstituir los grupos de lucha contra la dictadura militar. Cada compañero asesinado era para él un duro golpe, al tiempo que aumentaba con fuerza su compromiso.

Definitivamente acosado y para proteger a su familia, debe, finalmente partir al exilio a principios de 1975.

El país de acogida fue Dinamarca. En Copenhague rápidamente conoce a jóvenes daneses de ideas libertarias y junto a ellos y a otros compatriotas exiliados inicia trabajos solidarios por el pueblo chileno. Rechaza la idea de revalidar su título profesional; no quiere adaptarse al exilio; solo piensa como volver a Chile más fortificado. Empieza a trabajar como obrero para conocer, en la vida diaria, la realidad del trabajador de esos países desarrollados.

El exilio fue para él una dura experiencia y por primera vez la gente que conoce su alegría lo observa en ocasiones callado y triste. Una amiga danesa lo recuerda así. . . "tenía mucha fuerza de voluntad, él la desarrollaba constantemente, era una condición para poder llevar adelante su trabajo político. . . Usó su fuerza para salir de sus penas. Sabía que él debía continuar su camino revolucionario, sin embargo, su gran conflicto era el inmenso amor que sentía por sus hijas y de las cuales sabía que algún día debía separarse"...

En varias oportunidades intentó regresar legalmente al país, negándosele siempre esa posibilidad. "Debió hacer un sacrificio enorme" --dice un amigo danés-- "amaba a sus hijas profundamente y debió elegir, realizando así un sacrificio personal". Ingresa a Chile en forma clandestina, al parecer a principios de 1983. A pesar de la dura vida que debe llevar en estas condiciones nunca deja de escribir a sus padres y a sus hijas; un mes antes de ser asesinado les envía la que sería su última carta.

"Con gran alegría he recibido sus amorosas y divertidas cartas; estas son el regalo máspreciado que ya me he acostumbrado a recibir periódicamente. No se imaginan la satisfacción que me produce que me hagan participar no sólo de sus actividades diarias y corrientes, sino de sus pequeños secretos e intimidades, cada una de ellas siempre las leo, pienso y estudio con toda la seriedad que se merecen, no crean que para mí resultan solamente anécdotas graciosas de "niños chicos". En otras palabras, quiero decirles que pueden confiar y contarme todo lo que quieran, pues yo haré lo posible por entenderlas y aunque sea a la distancia, ayudarlas en lo que esté de mi parte. Sé también que Uds. tienen la suerte de tener alrededor suyo a personas que también tiene la mejor disposición de apoyarlas, especialmente a la mamita, lo que es una gran tranquilidad para mí. De todos modos, como siempre les reitero mi disposición a ser no sólo un padre en el sentido tradicional, sino también el mejor amigo de Uds.. . "

No solo quería ser el mejor amigo de sus hijas sino que, sin lugar a dudas, creó con todos los que lo conocieron lazos indestructibles. . . "El era exigente consigo mismo y con sus amigos. . . Para mí su amistad tuvo una enorme trascendencia. . . me permitió un nuevo mundo en mi mismo, me engrandecí después de haberlo conocido. . ." expresa en una carta un amigo danés.

El 7 de Septiembre de 1983 la dictadura lo asesina en un falso enfrentamiento, creyendo que eliminaba a un subversivo más; sin embargo al recordarlo, versos de Ernesto Cardenal nos vienen a la memoria:

"Creyeron que te mataban con una orden de ¡Fuego!
creyeron que te enterraban
y lo que hacían era enterrar una semilla"



Más tarde sus hijas lo recordarían así:

"Yo lo encontraba buen papá, porque siempre conversaba con nosotras de los problemas de la vida, nos explicaba el porqué de su lucha y la necesidad de volver a Chile. . . Era muy simpático para mí y para otros niños. Para mí él no ha muerto. .. siento siempre como que un día lo voy a encontrar, quizás es porque me niego a aceptar la realidad, porque me gustaría que estuviese con nosotras y no lo hubiesen asesinado. .

Su otra hija dice de él:

"Era bien simpático, me gustaba mucho como amigo y como papá. Todas las mañanas se levantaba bien temprano y salía a correr, era muy disciplinado, nos llevaba a la piscina, nos hacía hacer gimnasia. Siempre quería hacer muchas cosas y que nosotras lo acompañáramos, claro que si no le gustaba algo se enojaba un poco. No puedo imaginarlo muerto, siempre lo recordaré vivo. Estoy de acuerdo de que se haya venido a Chile porque él siempre quiso estar acá; para mí no es un terrorista ni un asesino, para mí los asesinos y terroristas son los militares que lo asesinaron y eso es muy injusto. . ."

Fuente: los caídos en falsos enfrentamientos. Fuente Ovejuna. CODEPU

-----0-----

Carta Testimonio de Daniela Peña

Impresiones del 7 de septiembre 2001

Las sensaciones vividas el 7 en Fuente Ovejuna me hicieron revivir una serie de imágenes guardadas en la memoria, las que con el calor de los presentes me invitan a encontrar nuevos sentidos, significados y sentimientos que tiernamente endulzan los momentos complejos.

Los recuerdos afloran en cada mirada y "*silencios luminosos que expresan más de los que callan*" penetran por cada uno de mis poros y todo comienza nuevamente a cobrar sentido. Pitty, Sergio y Arturo están vivos, porque sus ilusiones se reflejan en el brillo de los ojos presentes y en la cálida luz de las velas en la cuneta.

Los vecinos están expectantes, curiosos y seguramente algo inquietos, pues no se hasta cuando llevaremos la chapa de ser los terroristas y cabrones que instamos el odio y la muerte.

El dueño de la casa donde se produjo la vil masacre, también se acerca ansioso, "*quienes son los hijos*" y nos pide que por favor lo acompañemos adentro, sin vacilar, entramos "*que bueno que estén aquí -nos dice- pensé que se habían olvidado, que se habían ido a otro país... les quiero contar como yo viví esto...*". es como si los estuviéramos viendo en ese acto de arrendar la casa "*eran personas que se veían bien, buenas personas*". Además no se cansa de recalcar lo hermosa que era la Pitty.

Veo, entonces, la mirada húmeda de la Ale reviviendo la imagen de su madre, tratando de aguantar su profunda emoción, mezcla, creo, de bronca, de dolor y amor, y no encontrando el hombro o la caricia precisa capaz de contener o acoger todo eso que la inunda y opta por ser fuerte, valiente y tierna (como siempre te he sentido).

Y qué más, si son tantas las cosas y las palabras se las lleva el viento (o se las traga la máquina...) gracias a todos por habernos dado ese día, de cerca o de lejos, el espacio de revivir juntos los más profundos recuerdos y las más tiernas esperanzas....

Y Sergio, esto es para ti de mi, pero también de ti para mi que vivirás y te amaré por siempre:

Más allá de tu ausencia que me alumbraba y que duele.
Tengo recuerdos importantes que me permiten saber, conocer, entender, caminar... Pocas veces sueño contigo quizás porque siempre caminas conmigo.
No puedo y no quiero olvidarte. Todavía necesito creer en ti, nunca terminé de conocerte...
Y es más que una canción, es más que cualquier experiencia... eres mi vida... No puedo ni quiero olvidarte.
Gracias por tu ejemplo... como el tuyo en estos tiempos hay pocos... Quizás lo que más me duele es no haber podido conocernos un poco más, no poder encontrarnos más allá de tus ideas, de las mías...
Vivo en tu imagen y nada en mí es más importante que tu mensaje: creer que todo puede ser mejor... creer que la justicia existe... que la dignidad importa.
La última vez que estuve contigo casi no entendí nada... la guerra, la disciplina. Ahora comprendo, bueno ya hace un rato.
"Lo más terrible se aprende enseguida y lo hermoso nos cuesta la vida"
Por eso hoy te revivo en todos mis cantos... en todas mis angustias... mis caminos. Ya se que lo más difícil es tomar decisiones, pero es necesario tomarlas, crearlas. Ya no estás con nosotras (en cuerpo) aunque tus ideas persisten. No es igual, porque nunca más podremos conocer juntos otros caminos, otras ideas.
Gracias... Me salvaste de ser insensible... como nadie te quiere.

Tu hija Daniela Peña

-----0-----

El veterinario del MCR Sergio Peña Díaz, "Jota Eme"

Quiero detenerme en el instante en que Daniela y Luciana recordaron a su padre Sergio Peña. Ambas eran muy pequeñas cuando lo asesinaron hace 18 años. Allí estaban frescas, lúcidas y con la memoria viva junto a su madre y ex compañera de "Jota Eme".

Quiero recordar a Sergio como esos militantes ejemplares. En enero del 71 éramos estudiantes recién egresados de la enseñanza media y militantes de las brigadas secundarias. Era verano y el partido nos envió a la zona de Huelquén, Linderos y Alto Jahuel, a apoyar las primeras movilizaciones de un incipiente MCR en los alrededores de Santiago. "Jota Eme" estaba a cargo de las tomas de tres fundos en una zona caliente con una fuerte presencia rural de Patria y Libertad.

Los meses que pasamos en esas tomas, su liderazgo político y militar permitió que en precarias condiciones, los fundos no sólo no fueran retomados, sino que se

mantuvieran productivos con una amplia participación de las organizaciones campesinas, tanto de esos predios como de los alrededores. Siendo estudiantes conocimos a un dirigente maduro del partido, supimos que era médico veterinario y nos sorprendió la forma en qué logró compatibilizar su profesión en la mantención de los planteles lecheros a la vez que entregaba una línea política democrática y participativa, logrando incluso que un sindicato campesino de orientación DC, se plegara a las tomas. Todos estos pasos fueron determinantes para que luego se nombraran los interventores.

En el mismo período, su compañera estaba a punto de tener a Luciana y pese a esa especial circunstancia y que iba a nacer su primera hija, Sergio nunca abandonó la toma. Nosotros, militantes del frente estudiantil, conocimos así una nueva realidad de nuestro partido en el trabajo de frente de masas que nos resultó educativa y un buen ejemplo a seguir. No es casualidad que muchos de quienes trabajamos con "Jota Eme", durante nuestra militancia en años posteriores y ya siendo universitarios, derivamos nuestro trabajo partidario hacia estructuras poblacionales y campesinas, estimulados en su compromiso con los más pobres. (Lo que obviamente no inhibe a quienes formaron parte de otras estructuras).

Al fin y al cabo habíamos visto en acción a un buen maestro. Por eso que estas fechas no son sólo de sus familiares y amigos para recordarlas, sino una cuestión de todos.

Queltec

Verano del 72

Parte importante del MIR secundario de Santiago había sido movilizado a Linares a trabajos de verano, para apoyar a los campesinos y MCR allá. Algunos que todavía estábamos en la capital fuimos convocados para trabajo similar en la zona de Paine, zona que ni siquiera era noticia en ese verano "caliente" en el campo en Linares y la provincia de Cautín.

Allí conocimos al JM, jefe de una unidad de militantes que trabajaba en esa zona (camino entre Linderos y Alto Jahuel y Huelquén). Lo que allí se había levantado era notable: a partir de unos pocos campesinos, que encontraron en esos militantes del MIR la ayuda para expresar sus reivindicaciones, fue creciendo un MCR y un movimiento que desbordaba las fuerzas de esa base de militantes y de los estudiantes que hacíamos una primera experiencia en otro frente.

El JM se multiplicaba para atender desde las vacas que parían, las guardias en los predios tomados, la extensión del trabajo a otros fundos cercanos desde donde venían campesinos y donde se redoblaba el control interno por parte de Patria y Libertad, la cosecha de sandías y melones, las gestiones para la intervención estatal de los fundos, las reuniones con los campesinos para leer y comentar El Rebelde y con nosotros los miristas y feristas secundarios. Para los que estuvimos allí casi dos meses, la experiencia fue enorme y formativa. Recuerdo una discusión con el JM sobre la "vida real": el mejor dirigente campesino del MCR, que iba a ser propuesto para entrar al MIR, era evangélico y muchas veces nos topamos con él, en caminos de tierra, predicando y cantando. Contra nuestro dogmatismo adolescente, el Jota explicaba con paciencia que ese era el pueblo de Chile, que lo importante era la decisión de lucha por la revolución y no la religión.

Vi al JM algunas veces después durante 1972-73, cuando aparecía por la escuela de economía de la Chile a hablar con otros militantes de esa base que estudiaban allí, y ahí también conocí a Anita (su ex-mujer) y a su hija mayor.

Nos volvimos a topar en 1980 en Madrid, para tomar el avión a la isla. Llegamos a la misma casa, y allí llegó el Coño que lo recibió con gran alegría, como un amigo entrañable, y lo reclutó de inmediato para su equipo. No volví a saber de él hasta el fatídico día de septiembre de 1983, cuando fue asesinado junto al Coño y Lucía. Los amigos entrañables seguían juntos.

Raúl

Un beso para las tres
Queridas y recordadas Anita, Luciana y Daniela:

Una carta para decirles que pienso y estoy con ustedes, con el corazón y con la mente, en este décimo-octavo aniversario del asesinato de Sergio y de nuestros demás compañeros. Sergio será siempre una cantidad inmensa de imágenes, de fotografías arrancadas a la memoria, que a fuerza de guardar rostros, frases y situaciones, se va haciendo vieja y preciosa a la vez....

Imagen en el hall de la escuela de veterinaria, corre el año 1966 y Sergio tiene la mandíbula rota (era arquero de fútbol del equipo de la facultad) y la boca llena de hilos del tratamiento ...(su temeridad ya lo exponía a los riesgos de lo que asumía)...

Sergio en la casa que compartíamos en la Villa Santa Adela que llega con el "caluga" Rodríguez (hoy detenido-desaparecido desde 1974) para que lo escondamos. Corre el año 1969...

Verano del 79, conversando con Sergio en una terraza asoleada de Copenhage, él me comunica su decisión de partir...Será la última vez que lo veré vivo, pero estoy encontrándome con su recuerdo en cada uno de los rincones de mi memoria que, como ya lo dije hace un rato, se está tornando vieja, pero cada día mas preciosa. Un beso para las tres
Ricardo-Eugenio

-----0-----

La Mentira oficial

El 7 de septiembre de 1983 se informó oficialmente que ese día, a consecuencia de los operativos realizados tras la muerte del General de Ejército e Intendente de Santiago General Carol Urzúa, se habían producido dos enfrentamientos con miembros del MIR implicados en tales hechos. Primeramente se dijo que el enfrentamiento se había originado al descubrirse accidentalmente a tres individuos sospechosos en calle Visviri con Fleming en el sector Oriente de Santiago, por parte de agentes de la CNI que realizaban un patrullaje de rutina. Ellos habrían contestado con disparos a la voz de alto y corrido hasta refugiarse en una casa en calle Fuenteovejuna, desde donde siguieron disparando a los agentes, quienes recibieron refuerzos de Carabineros e Investigaciones. Al rato se habría producido una explosión en el interior de la vivienda cuando los individuos se encontraban quemando

documentación, muriendo uno de ellos. Los dos restantes, en una acción suicida, habrían salido disparando y habrían sido abatidos.

Al día siguiente apareció en la prensa otra versión oficial, que, a diferencia de la primera, indica que el enfrentamiento se produjo cuando los efectivos concurrieron al inmueble en donde se refugiaban las víctimas, cuya dirección obtuvieron mediante confesiones de otros intervinientes en el asesinato del General Carol Urzúa. En esta oportunidad se señala que habían sido evacuadas las viviendas del sector aledaño.

En realidad los hechos ocurrieron de diferente manera. Los agentes de seguridad estaban al tanto que en el inmueble se encontraban miembros del MIR en la clandestinidad. Luego del asesinato del General se planificó la acción en contra de ellos, por lo que se reunió a un gran número de agentes de seguridad, que incluía miembros de la CNI y de otros servicios, los cuales, luego de otras acciones ejecutadas ese mismo día, entre las que se cuenta la detención de personas, se dirigieron al inmueble.

En ese lugar instalaron una ametralladora punto 50 que inmediatamente comenzó a disparar. Sólo después de haberlo hecho durante unos minutos se pidió a los moradores que se entregaran. En atención a ello salió Sergio PEÑA DIAZ, de profesión veterinario, militante del MIR, quien había ingresado clandestinamente al país, con las manos puestas en la nuca. Cuando se aproximaba a la reja del antejardín dos agentes le dispararon con metralletas a corta distancia, causándole la muerte.

Estos hechos, conocidos por la Comisión a través del relato de un testigo presencial de todos ellos, le permiten llegar a la convicción de que Sergio Peña murió ejecutado por parte de agentes de la CNI, considerando su muerte una violación a los derechos humanos de responsabilidad de agentes estatales.

A raíz de la muerte de Sergio Peña, Lucía Orfilia VERGARA VALENZUELA, militante del MIR, quien ingresó clandestinamente al país, quien se encontraba en el interior de la vivienda, disparó hacia afuera, reiniciando inmediatamente el ataque los agentes, quienes además lanzaron una bengala que produjo el incendio de la casa.

La última persona que quedaba en el interior de la vivienda, Arturo Jorge VILAVELLA ARAUJO, de profesión ingeniero, militante del MIR, quien también había ingresado clandestinamente al país, murió carbonizado.

Dada la verdadera finalidad del operativo, como quedó demostrado, la Comisión considera que estas últimas dos personas también deben ser consideradas como ejecutadas.

Janaqueo

Posteriormente, ese mismo día se informó oficialmente de otro enfrentamiento, ocurrido en calle Janaqueo de Santiago, que estaría ligado con el anterior y con la búsqueda de los responsables de la muerte del General Carol Urzúa. Se dijo que luego de terminados los hechos en Fuenteovejuna los efectivos se trasladaron a calle Janaqueo N°5707 con el fin de detener a otras personas. Sin embargo ello no fue posible al oponer resistencia armada los moradores del inmueble antes indicado. A consecuencias del intercambio de tiros Hugo Norberto RATIER NOGUERA, argentino, militante del MIR, fue abatido en el patio de su casa y Alejandro SALGADO

TROQUIAN, de profesión veterinario, militante del MIR, falleció a dos cuadras de esa casa de donde se había dado a la fuga.

La Comisión ha comprobado, de acuerdo con los antecedentes de que dispone, que esta versión también es falsa, dado que el último de los nombrados fue muerto cuando se aproximaba a su domicilio por agentes de la CNI quienes le dispararon a quemarropa y sin que hubiese habido resistencia de su parte. Inmediatamente de sucedido esto los agentes comenzaron a disparar con la misma ametralladora punto 50 montada en un Jeep que habían utilizado contra el inmueble de Fuenteovejuna, a la casa donde se encontraba Hugo Ratier, dándole muerte sin que éste se les haya enfrentado.

Previo a estos hechos los agentes, habían reunido al vecindario, unas 80 personas, en una iglesia del sector.

La Comisión se formó convicción de que ambas personas fueron ejecutadas por agentes estatales, en violación de sus derechos humanos.
Informe Rettig

-----0-----

12 de Enero 2004 La Nación

Chevesich quiere interrogar al 'Papudo'

La ministra Gloria Ana Chevesich envió un exhorto a Francia para interrogar al ex agente del Comando Conjunto, Andrés Valenzuela 'El Papudo' para que entregue todos los antecedentes que tenga sobre la muerte de Hugo Ratier y Alejandro Salgado Troquian, hecho ocurrido el 7 de septiembre de 1983, conocido también como el caso Janequeo.

En 1984, Valenzuela declaró en la Vicaría de la Solidaridad que la muerte de ambos militantes del MIR, ocurrida en Quinta Normal en 1983, fue un montaje de la entonces Central Nacional de Informaciones (CNI), tras el homicidio del intendente de Santiago, coronel Carol Urzúa, acaecido el 30 de agosto de 1983.

Fuentes judiciales dijeron que la causa sustanciada por Chevesich ha tenido importantes avances, desde que la abogada Alejandra Arriaza presentó una denuncia criminal para que se investiguen esos hechos. También gracias al testimonio de Miguel Bustos, hijastro de Salgado, quien vive actualmente en Suecia y figura como el único sobreviviente del criminal montaje.

De acuerdo a los antecedentes recogidos por La Nación, Chevesich ha interrogado al menos a 15 ex agentes de la CNI quienes habrían confirmado la versión de 'El Papudo', por lo que una vez que el testimonio llegue de vuelta a Chile, se espera que dicte los primeros autos de procesamiento en esta causa.

El mismo día en que murieron Ratier y Salgado, la CNI detectó a otros militantes del MIR, esta vez en la comuna de Las Condes, en Fuenteovejuna. En ese lugar fallecieron a raíz de los disparos Arturo Villavela, jefe del aparato militar del MIR, Lucía Vergara y Sergio Peña Díaz.

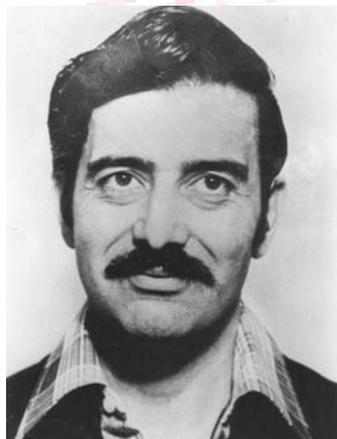
El exhorto de Chevesich debe pasar ahora a la fiscal de la Corte Suprema, Mónica Maldonado, y luego a la Sala Penal del máximo tribunal para que visen el procedimiento de colaboración de legal.

Andrés Valenzuela vive en París, Francia. Su nombre apareció nuevamente en octubre de 2003, por una declaración que prestó ante la Policía de Investigaciones, donde aseguró que conocía el nombre del presunto autor de la muerte del ex Presidente Eduardo Frei Montalva, indagatoria que sustancia el ministro Alejandro Madrid.

-----0-----

EN ESTO ESTAMOS TODOS

Para Lucia Vergara, Sergio Peña y Arturo Villavela, Hugo Ratier Noguera y Alejandro Salgado Troquian.
Por Pablo Varas



La Maripepa estaba en la ducha y él desde la cama podía ver aquel cuerpo tan bien delineado que alzaba los brazos para que el agua la atormentara con su música. Alvaro sacó de entre sus documentos, un pequeño sobre y dejó caer sobre la mesa de vidrio el polvo blanco. Con su carnet de oficial de la Central Nacional de Informaciones, preparó su ralla, y mientras lo hacía, de reojo miró el reloj, nueve y quince, estaba



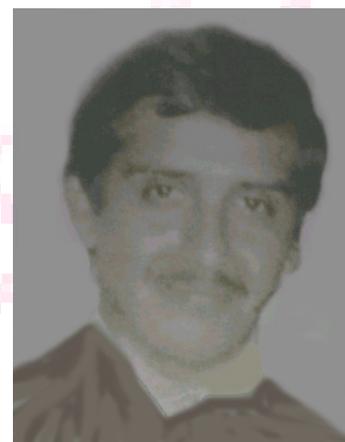
atrazado. La aspiró profundo, en aquel rito que lo obligó a cerrar por unos instantes los ojos. Maripepa seguía, lanzaba una canción.

Él estaba sentado en el borde de la cama. Por su mente comenzaron a pasar figuras difusas, sombras. Por un instante sintió que volaba y, mientras tenía la sensación de que un trozo de su rostro se caía, sentía que, a la



velocidad de la luz, recorría un enorme túnel que no le permitía ver su final.

Se quedó como pegado en la figura que danzaba detrás de esos cristales donde el agua caía como en su mejor invierno, lleno de enojo. Se levantó y se acercó lento, con una idea fija.



Cuando corrió la cortina de la ducha, Maripepa se sonrió, lo quedó mirando a los ojos y le dijo que lo amaba. Álvaro se pegó a ella y el agua no dejaba de caer. Lo comenzó a

besar en el cuello, se deslizó a su pecho y se puso de rodillas, él le tomaba sus cabellos.

Aquella cabellera vaporosa, que había recorrido la pasarela de la Televisión Nacional la noche anterior había desaparecido. Álvaro estaba de pie, quieto, ella lo amaba, pero él se había ido, aspiró profundo y se dejó caer lentamente mientras sentía como su espalda resfalaba por las baldosas en la sala de baño celeste de la habitación 213 del Hotel O'higgins.

Se quedaron allí en silencio, mudos. Los sacó de ese estado el timbre de la habitación. Lentamente ambos se pusieron sus batas de baño y Maripepa abrió la puerta por donde entró la camarera con el desayuno. Se lo recibió para despedirla con una sonrisa. La chiquilla tenía los ojos inmensamente abiertos, la había visto la noche anterior en el programa de la televisión.



Álvaro y Maripepa habían llegado pasada la medianoche, sin aviso, y cuando pidieron la llave de la habitación que habían reservado bajo los apellidos de Espindola Rioseco, el joven dependiente nocturno no se percató de quiénes eran los recién llegados. Fue Victoria la guardia de la puerta que esperó que hubieran tomado el ascensor, para decírselo. Tenía un memoria privilegiada, potenciada por esa costumbre de ver pasar a los artistas que una vez al año llegan para el Festival de la Canción.

Por alguna razón casi inexplicable se acordaba de él, cuando había salido en la televisión al lado del Sagrado Corazón de Jesús abrazando a su esposa embarazada de siete meses, y juraba por aquel hijo que venía en camino que trabajaría por la justicia y por la verdad, así como agradecía a reglón seguido todos los méritos del Capitán General a quien le declaró sus lealtad de manera abierta e incondicional.

Rápido corrió el rumor entre el personal del hotel, Álvaro y Maripepa estaban en la habitación 213. Victoria esperó que pasara un tiempo prudente y de manera disimulada buscó entre las llaves que estaban ordenadas en el mostrador. Tomó la doscientos once, subió despacio y caminó por el largo pasillo dando pasos cortitos y silenciosos, el corazón le saltaba. Cuando cerró puerta de la habitación contigua, sacó el pequeño espejo redondo que guardaba en su bolsillo y se acercó a la ventana. Los buscó en la inmensa habitación y los dejó fijos cuando los encontró. Los pudo enfocar cuando Maripepa se pasaba sus manos por aquella cabellera tan bien cortada y teñida, a él no lo podía ver bien.

Álvaro había terminado de ponerse los pantalones y al coger su reloj decidió abrir el segundo sobre, se colocó de rodillas hizo su línea y nada quedó. Maripepa sentada a su lado se reía, él de reojos le dió una mirada enojada que ella respondió desordenándole sus cabellos negros y engominados, como la caparazón de un quirquincho. Maripepa fue al baño, vació media taza de su café en el lavatorio y al resto le puso tres cucharadas de azúcar. Mientras bebía, levantó la tapa a la bandeja, y le dió una mirada al jugo de naranjas y a los huevos con tocino y volvió a taparla.

Cuando Álvaro se puso su pistola calibre 38 en la cintura, le comentó que allí había un triángulo y sonrió. Maripepa quiso darle un beso pero él la hizo a un lado, algo a

que ella no dio importancia; sabía que él era así, ya lo conocía a pesar de haber pasado apenas unas horas con él en la cama.

Álvaro sacó el dinero y le pidió que bajara a la recepción para pagar la habitación. Cuando calculó algunos minutos, hizo una llamada telefónica, y le dieron la respuesta que había estado esperando desde hace dos semanas. Tenía carta blanca.

La esperó en la mitad del pasillo con las piernas abiertas, como si fuera un vaquero en la mitad de una calle del oeste americano esperando a su adversario para el duelo. Tal vez eso se imaginaba él: los veía venir y disparaba, los veía de todos los colores, él esquivaba las balas que ellos le disparaban.

Maripepa se acercó, lo abrazó y lo sacó del estado de éxtasis en que se encontraba. Bajaron despacio, riéndose en voz baja por los pasillos de la escaleras alfombradas. Hacia la izquierda la recepción, hacia la derecha el parking. Cerraron despacio las puertas y buscaron el coche. Cuando estaban saliendo el hotel él se besó la punta de los dedos y se los colocó entre los muslos de la Maripepa. Partieron rumbo a Santiago, ella se quedó dormida. Álvaro lo controlaba todo y trataba de hacerlo con cada movimiento. Llevaba pegada la vista en la carretera y en su mente pasarelas, nombres, personas.

Se detuvo para llamar a su casa. Estela fue quién le respondió diciéndole que su esposa había ido al supermercado. Maripepa dormía, la quedó mirando unos instantes antes de hacer partir otra vez el vehículo. Aquellas rodillas bien formadas, aquellos senos tan bien delineados no los soportó y le dió un beso, Maripepa jugó con sus cabellos y siguió durmiendo.

Sin haberse dado cuenta estaban frente a la Estación Central. Álvaro la despertó la y le pidió que tomara un taxi, él debía haber estado hace media hora en su lugar de trabajo. Ella le dijo que sí, sacó de su cartera unas gafas oscuras y se las puso. Lo besó y, mientras le decía que era el mejor amante del mundo, cerraba la puerta de auto. Él se quedó unos instantes esperando que ella se subiera al taxi que tomó rumbo por la Alameda hacia arriba. Se mantuvo un tiempo detrás pero al llegar a Avenida España dobló a la derecha. Saludó con la mano a dos guardias que estaban en la esquina.

Cuando entró al cuartel todo era normal, se dirigió a su oficina y a su paso fue saludando a sus hombres, él sabía que lo respetaban, era su ejército particular, él les había enseñado a trabajar con el dolor ajeno. Lo respetaba, cierto, aunque en algunos comentarios, ellos solían decir que él llegaba siempre cuando los otros ya habían hecho el trabajo.

Sentado en su escritorio, dió vuelta la hoja del calendario junto a la foto del general Humberto Gordon "A mi amigo Álvaro, en esto estamos todos".

Comenzó a recorrer un enorme organigrama que ocupaba toda la muralla. Habían fotos y debajo de cada uno su nombre verdadero y el nombre político: "Ramón", "Santiago", "Miguel", "La China", "La Negra", "Watussi", "Beño", "Jacinto", "Leo", "Motor", "Mariano", "Octavio". Mientras los recorría uno por uno, sonreía; eran sus trofeos de guerra, sus argumentos para estar sentado donde en ese instante se encontraba. Se sentía un hombre con inmenso poder. Abrió el cajón del lado derecho y llenó media copa de cognac que le había regalado su amigo Patricio Vildósola cuando volvió de París. Al lado estaban las fotografías de los que se encontraban en las cárceles y que él mismo se había encargado de torturar. Ése

trabajo lo compartía con los tres equipos que para tal efecto trabajaban en los cuarteles de Avenida España y en el Cuartel Borgoño. Era su trabajo y le gustaba.

Cuando abrió una carpeta rotulada “Resolver con urgencia” y comenzó a leer la información, lo llamó el general Gordon, quien le dijo que dejaba todo en sus manos pero quería un respuesta contundente, que así se la habían pedido a él y él confiaba en sus equipos. Con su arrogancia característica, Álvaro le pidió que confiara y que viera el noticiero de la noche y los periódicos de mañana, allí encontraría las respuesta que él quería.

Cuando colgó el teléfono sintió un frío en la espalda, era una situación extraña que le quedó desde cuando ayudó su amigo Francisco Zuñiga, conocido como “el gurka”, a cortar las venas de un carpintero alcohólico en un cerro de Vaparaíso, un lluvioso domingo de julio. Unos instantes después se encogió de hombros restando importancia a este hecho. Tomó el teléfono y llamó a su eterno amigo Fuentes Morrison para decirle que esa noche tendrían trabajo. “El Wally” como le conocían, le comprometió su ayuda y le respondió que iría con sus hombres, Álvaro le agradeció diciéndole que estaban para escribir una página hermosa en la historia de las Fuerzas Armadas y de los organismos de seguridad

Era el 7 de septiembre de 1983. Ese día la gente de Álvaro ya estaban deteniendo a personas que eran llevadas rápidamente al cuartel Borgoño, Jorge, Carlos, Hugo, Susana y Silvia. Todo el personal se informó por radio que estaban listos, recibieron la orden de concentrarse en el estacionamiento de un supermercado cerca de Plaza Egaña. El Wally descendió de su auto y tomó ubicación en el de Alvaro, sacó su pistola y pasó bala. Álvaro riéndose le dijo que no la usaría, que en esta ocasión utilizarían una tremenda máquina, algo especial.

Levantó su mano izquierda y salió raudo el primer vehículo seguido de un jeep que tenía montada una ametralladora punto 50, iban tres hombres aferrados a ella, con buzos deportivos y encapuchados.

Cuando llegaron frente a la casa de calle Fuente Ovejuna, que tenía las luces encendidas, en todos los vehículo se escuchó la información de que en el interior habían tres personas y que no deberían quedar vivos después del ataque.

El silencio del tranquilo barrio Colón en la zona oriente, de frondosos árboles que ya estaban poniéndose sus mejores galas para recibir a la primavera, se cortó con el tableteo impresionante de la ametralladora por la cual se vomitaban mil tiros por minuto.

Pasado un tiempo, aquel que no se puede medir, aquel que no tiene remitente, aquel donde todo está en manos de los relojes de arena, aquel que era el infierno mismo, en el interior de la casa los tres sintieron que era una hora maldita y que había llegado sin que pudieran percatarse.

Raudo el Coño arrastrándose, se fue hacia la cocina y comenzó a quemar papeles, mientras Sergio y Lucía tomaban posiciones con las armas en las manos y los cargadores a su lado. Se hicieron un gesto y esperaron.

Las balas atravesaban la fragil construcción y el ruido de los cristales ensordecía. Desde el interior respondían con ráfagas cortas.

Con un megáfono, Álvaro habló y se escuchó decir que estaban rodeados y deberían salir con las manos en alto.

Yo salgo, dijo Sergio, eso les dará un tiempo a ustedes..

Sergio Peña cruzó la puerta, se llevó los dedos a la boca, se los besó y se los lanzó a Lucía y el Coño, mientras comenzaba a recordar a su Luciana dando sus primeros pasos, y a Daniela cuando jugaban a tirarse bolas de nieve en el invierno de Dinamarca. Así mismo aparecieron potentes en su recuerdo sus desayunos con Anita. Anita con su pelo corto cuando estudiaban en la Escuela de Veterinaria. Todo aquello pasaba a una velocidad desmedida y en un corto viaje de resumen donde había visto todas las fotos que guardaba en la maleta.

Estaba dando el tercer pasó cuando se le acercaron dos agentes encapuchados que lo apuntaban con sus ametralladoras UZI y cuando abrió sus piernas con sus manos cruzadas en la nuca, pensando que lo detendrían, le dispararon hasta cansarse, hasta vaciar sus cargadores.

Lucía Vergara lo vió todo desde su escondite y, sacando la fuerza que se había templado en sus años de prisión, les gritó “asesinos”, y comenzó a lanzar ráfagas. El “Coño” Villavela que estaba cerca de la ventana, entendió que era un combate desigual, como los que habían pasado en años anteriores, como el de la calle Santa Fe de Santiago, o como el de Buitrago, en Managua. Era como un sino para que los buenos nos dejaran tareas pendientes.

Desde el jeep comenzaron a salir las balas, y todas tenían nombres y apellidos, porque se los habían escrito, era una detrás de otra sin parar, buscando un ojo, un brazo, una pierna. Cuando todo quedó en silencio, comenzaron a caer las bengalas y las granadas de fragmentación, entonces era el fuego, el calor intenso. Sergio Peña estaba boca abajo en la entrada de la casa.

La casa de calle Fuente Ovejuna ardía por los cuatro costados. No había ruido de disparos, el fuego iba consumiendo todo lo que encontraba a su paso. Un largo tiempo pasó en que los equipos del Álvaro miraban nomás, sin decir nada; como si estuvieran esperando que algo se moviera, que algo saliera de entre las llamas para entonces pasarle la cuenta.

Al final entraron Álvaro y sus hombres, revisaron todo y no había nada. Lucía estaba de lado cerca de la puerta. El Coño semi sentado cerca de la ventana. Sus armas estaban vacías y los cargadores igual. Habían disparado hasta el último cartucho.

Álvaro dio entonces la orden de subirse a los vehículos, por la radio dijo que no todas las cuentas estaban saldadas.

Aquel equipo de asesinos, armados hasta los dientes y bajo el imperio de la noche, tomó dirección hacia la zona poniente de la capital y cuando llegaron a una calle cercana a la Plaza Garín en Quinta Normal, llamada Janequeo, repitieron el mismo y siniestro espectáculo de Fuente Ovejuna, ahora habían encontrado a Alejandro Salgado Troquian y Hugo Nolberto Ratier Noguera, el “Che Compadre”.

Mientras tanto en Fuenteovejuna, los de la policía técnica de investigaciones comenzaron a sacarles fotos, a los tres que estaban tendidos y desnudos en plena vereda. Les tomaron las huellas dactilares y luego los subieron a un furgón del

Instituto Médico Legal, que empezó su marcha con su triste carga, mientras el Coño comenzó a contarles a Lucia y a Sergio, que una noche de invierno estando en Concepción luego de haber terminado una reunión extensa, se habían instalado en una café, entonces el Guatón Luciano les contó..... .

Los compañeros que han sido rescatados en esta historia, habían llegado a Chile de manera clandestina para incorporarse a la lucha revolucionaria y a la resistencia en la llamada "Operación Retorno", organizada por el MIR, partido al que pertenecían. Ellos eran Lucía Vergara Valenzuela, "Pity"; Hugo Ratier Noguera, de nacionalidad argentina, llamado también "Raimundo", o "Che Compadre"; Arturo Villavela, llamado también a su vez, "Coño Villavela", "Torres", "Torretti", o "Torreja", ingeniero; Sergio Peña Díaz, "JM", veterinario; , y Alejandro Salgado Troquian, quien era también como Sergio, veterinario. Los ejecutores fueron agentes del CNI que, tras el asesinato, intentaron simular que habían sostenido un enfrentamiento, tesis que se desvirtuó rápidamente porque al mismo tiempo que tres de estos revolucionarios eran ejecutados en calle Fuenteovejuna del sector oriente de Santiago, los otros dos lo eran en calle Janequeo, sector poniente. Los matones que ejecutaron a nuestros compañeros de Fuenteovejuna y Janequeo, instalaron una ametralladora punto 50 que empezó a disparar y no se detuvo sino hasta diez minutos después, cuando ya no podía quedar ningún sobreviviente, para posteriormente incendiar las casas.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).

© CEME web productions 1999 -2009